

**NTRA. SRA. LA BIEN APARECIDA
PATRONA DE LA DIÓCESIS
Santuario, 15 de septiembre de 2013**

Sofonías, 3,14-18; Ps .Isaías 12, 2 ss; Romanos 12, 9-16; Lucas 1, 39-56

**+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander**

Dios te salve, Virgen Bien Aparecida. Con fe te veneramos, con amor te honramos, con esperanza acudimos a ti.

¡Qué alegría venir a la casa de la Madre, nuestra Patrona! Es un encuentro de familia del clero, autoridades y pueblo fiel, hermanados en torno al mismo pan y el mismo vino del banquete de la Eucaristía y unidos por la devoción a nuestra Virgen Bien Aparecida Reina y Madre de la Montaña.

Hoy es un día para: 1) recordar la historia de su devoción; 2) un motivo para contemplarla como modelo de tres actitudes: *alegría, esperanza, servicio*, a la luz de la Palabra de Dios proclamada; 3) y una ocasión propicia para sentirla como Madre y Abogada en nuestras necesidades espirituales y materiales.

1 Evocación histórica. La devoción del pueblo fiel a Ntra. Sra. La Bien Aparecida comienza con una historia teñida de ternura y prodigio. Se remonta al año 1605, cuando unos niños pastores encontraron en la colina de Somahoz una imagen pequeñita de la Virgen con un hermoso Niño en la mano derecha, que estaba guardada en la ventana de la Ermita de San Marcos. La Virgen había escogido este lugar de Cantabria para reinar sobre los corazones nobles y generosos de esta hidalga tierra. Era el lugar donde hacer crecer su jardín y construir su casa.

La Virgen ha seleccionado su corte de guardianes de entre los hijos de la Orden Trinitaria, que desde el año 1908 son los custodios de la Madre y Reina de la Montaña. Ellos son los que más disfrutan de su Imagen y son los tesoreros propagadores de su devoción, así como los que han dado al lugar una auténtica categoría de santuario patronal mariano, donde sopla con fuerza el Espíritu. Para ellos, nuestro agradecimiento sincero por esta fiel custodia, en nombre de la Diócesis, y por su labor pastoral en unión con el arciprestazgo que lleva su nombre.

2. María nos invita a la alegría, a la esperanza y al servicio. Las lecturas bíblicas proclamadas en esta Eucaristía, nos invitan a vivir tres actitudes cristianas hoy muy necesarias: la *alegría*, la *esperanza* y el *servicio*.

- a) *Alegría.* El profeta Sofonías (*1ª lectura*) exclama: “regocíjate, hija de Sión; grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén”.

Nuestro corazón está hecho para la alegría. Hoy hace falta la alegría en la sociedad y en la Iglesia. Vivimos radicalmente preocupados, inquietos, nerviosos, pesimistas y tristes. Cristo no quiere esto y nos dice: “No se turbe vuestro corazón ni se acobarde” (cfr. Mt 6, 25-34; Jn 14, 1-27). La alegría a la que me estoy refiriendo no se

confunde con el entusiasmo ni con la jovialidad, que son caracteres temperamentales. Una persona alegre es aquella que se siente bien dentro de su propia piel; descubre espontáneamente los aspectos positivos de la realidad; mantiene su tono vital en las contrariedades de la vida, no se desalienta e infunde ganas de vivir. Cuando los problemas y los sufrimientos son grandes, adopta la forma más humilde de un *consuelo* que suaviza las penas y nos da la alegría del corazón.

La alegría verdadera tiene su fuente en Dios y es fruto del amor de Dios, “que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado” (Rom 5,).

La Virgen Bien Aparecida nos pide hoy que seamos testigos de la verdadera alegría. No vivamos la fe con rostro cansado y aburrido, seamos los primeros en vivir el rostro alegre y feliz de la fe.

- b) *Esperanza*. San Pablo en la carta a los Romanos (2ª lectura), entre otras recomendaciones, nos ha hecho ésta: “Que la esperanza os tenga alegres; estad firmes en la tribulación, sed asiduos en al oración”.

La esperanza y la alegría caminan juntas. Son buenas hermanas. Cuando en una sociedad muere la esperanza, la vida de la persona se deteriora. Nuestra primera tarea para recuperar la esperanza es “enraizar” nuestra vida en Dios. El Papa Francisco constantemente está hablando de la esperanza. Se ha hecho proverbial su frase: “Que no os roben la esperanza”. En la Jornada Mundial de Río de Janeiro, en la Basílica del Santuario de Ntra. Sra. de Aparecida decía: “Cuántas dificultades hay en la vida de cada uno, en nuestra gente, nuestras comunidades.

Pero, por más grandes que parezcan, Dios nunca deja que nos hundamos. Ante el desaliento que podría haber en la vida, en quien trabaja en la evangelización o en aquellos que se esfuerzan por vivir la fe como padres y madres de familia, quisiera decirles con fuerza: Tengan siempre en el corazón esta certeza: Dios camina a su lado, en ningún momento los abandona. Nunca perdamos la esperanza. Jamás la apaguemos en nuestro corazón”. María es Madre de la esperanza y del consuelo.

c) *Servicio*. El Evangelio de la Visitación de la Virgen María a su prima Santa Isabel, que hemos escuchado, nos habla de servicio. Después del anuncio del Ángel y de producirse en sus entrañas el misterio de la Encarnación del verbo de Dios, María corre presurosa por la montaña a llevar la Buena Noticia de Jesús a su prima Isabel; comparte el amor que Dios le ha comunicado; está durante tres meses al servicio de su prima en las tareas del hogar; hace exultar a Juan Bautista por la cercanía de la salvación y prorrumpe en el canto del *Magnificat*.

María nos enseña que la vida es servicio a los hermanos; que nuestra misión es servir el Evangelio de Jesús; es superar nuestros egoísmos, es servir inclinándose a lavar los pies de nuestros hermanos como hizo Jesús. El mismo Papa Francisco, en la homilía de la Misa de clausura en Río de Janeiro decía: “*Id, sin miedo, para servir*”. Siguiendo estas tres palabras experimentarán que quien evangeliza es evangelizado, quien transmite la alegría de la fe, recibe más alegría”.

3. *Madre y Abogada en nuestras necesidades espirituales y materiales.* Nuestra Madre La Bien Aparecida ha estado siempre presente en la historia de nuestra tierra y de nuestros pueblos. Nuestros mayores han acudido siempre a Ella y no les ha fallado.

La Bien Aparecida ayuda a sus hijos de Cantabria en todas las vicisitudes de sus vidas: en tiempos de bonanza y en momentos de aprieto, como en la actual crisis económica y social. Ella le dice hoy a su Divino Hijo Jesús, ante las necesidades de muchas familias, como en Caná de Galilea: *“No les queda vino”*: bastantes empresas está realizando expedientes de regulación de empleo o cierre, y se pierden puestos de trabajo; muchos jóvenes no encuentran el primer empleo y algunos tienen que emigrar de nuestra tierra para encontrar un porvenir mejor en otros países. Sin trabajo la persona no encuentra plenamente realizada su dignidad humana y ve frustradas sus mejores aspiraciones.

Hoy, Madre Bien Aparecida, venimos ante Ti, confiados en las palabras de tu Hijo Jesús y nuestro hermano: *“pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”* (Lc 11, 9) Animados por esta confianza acudimos a Ti y ponemos en tus manos y en tu corazón de Madre nuestros proyectos y necesidades. (Cada uno de nosotros en silencio puede presentarle sus peticiones).

En nombre de tu Hijo, queremos echar las redes y remar mar adentro, poniendo en marcha la Programación Pastoral Diocesana del curso 2013-2014, que es el fruto de nuestra Asamblea Diocesana de Laicos, gran acontecimiento de gracia que hemos vivido con gozo en nuestra Diócesis, en el mes de junio. Os invito a todos a que leáis las propuestas aprobadas sobre la identidad, comunión y misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. Servirán para renovar nuestra Iglesia Diocesana.

Protege, Madre, a nuestro Gobierno de Cantabria y a todas las Instituciones y personas que están al servicio del bien común de las gentes que viven en nuestra tierra. Alcanza de tu divino Hijo Jesús el don de la paz para Siria, el Medio Oriente y otras naciones en guerra: que callen las armas y haya diálogo y reconciliación. Cuida de los sacerdotes, protege a los religiosos y religiosas y a todos los laicos que colaboran en las tareas de la Iglesia. Suscita en nuestra Diócesis vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada y cuida de nuestros seminaristas.

Bendice a los enfermos, consuela a los tristes, dales esperanza a los desesperados, nuevo entusiasmo a los desanimados. No abandones a los que están solos y desasistidos. Cuida de tus hijos privados de libertad en la cárcel. Acompaña a los matrimonios y a las familias y haz que acojan la vida desde su concepción en el vientre materno hasta el ocaso natural. Haz que nuestros niños, adolescentes y jóvenes, que ahora comienzan el curso escolar, desarrollen todas sus capacidades y crezcan sanos en el cuerpo y en el alma.

Concluyo la homilía con la oración de los primeros cristianos: “Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita”. Amén.

